

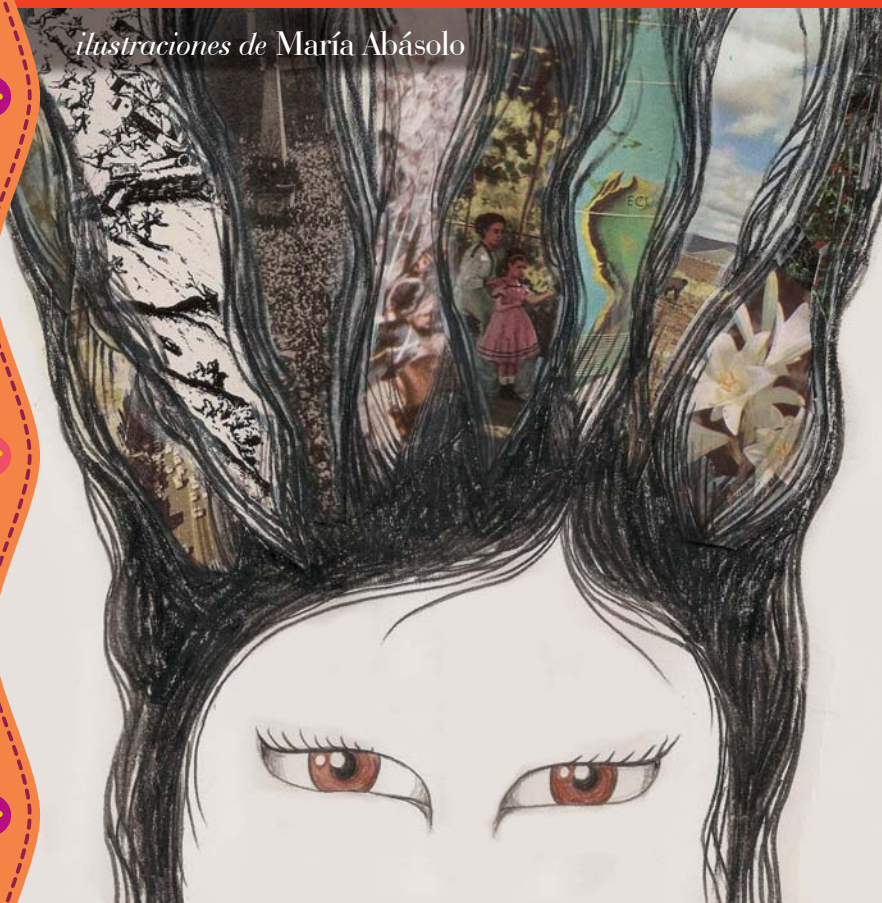
Mujeres de la Historia,

un tesoro en la memoria



Graciela Rendón

ilustraciones de María Abásolo



ediciones abran cancha

Mujeres de la Historia, un tesoro en la memoria



Índice

Rigoberta: El maíz de la paz, los colores del sol.....	9
<i>Biografía de Rigoberta Menchú Tum</i>	23
Azucena circula y florece.....	25
<i>Biografía de Azucena Villaflor de De Vincenti</i>	39
Corre, Eva, corre.....	41
<i>Biografía de Eva Duarte de Perón</i>	51
Mariquita y el juicio de disenso.....	53
<i>Biografía de Mariquita Sánchez de Thompson</i>	67
La Delfina, una princesa guaraní.....	69
<i>Biografía de La Delfina</i>	81
Juana, la América.....	83
<i>Biografía de Juana Azurduy</i>	97
Lucy en el cielo con diamantes.....	99
<i>Biografía de Lucy</i>	109

Rigoberta: El maíz de la paz, los colores del sol

—Óigame ustedé, niñita linda, color del maíz oscuro, sonrisita de maíz amarillo, se me va ligerito como la lagartija a la casa de la tía Juanita y le dice que vienen los años duros, que vuelven a mojarnos de fuego el pastizal, que guarde los animales y se guarde ella mismita en su casa, que cierre con hierros duros y ponga postigo en las ventanas. Y ustedé, hijita, si tiene miedo o frío, se me mete debajo de los fardos de pasto y espera larguito ahí, hasta que pasen los años malos.

Así recordaba Rigoberta Menchú Tum, vestida con los colores del sol, el cielo y la tierra, con los colores del colibrí y las matas altas, vestida con esa tela multicolor del huipil, camisola larga y ancha. De esta manera recordaba su vida el día que la antropóloga Elizabeth Burgos le dijo:

—No te escondas más, Rigoberta, llegó la hora de hablarle al mundo, de mostrar la cara con las cicatrices de la infancia y del exilio, de recitar tu poema, y entonces el mundo sabrá todo lo que sucedió allá en tu campo y en todo tu pueblo maya.

Entonces Rigoberta le agradeció, tomó fuerte en sus manos la estatuilla de oro del Premio Nobel de la Paz y sonrió a esas gentes que tenía delante y que la miraban atenta. Reveló su rostro, atravesado por las cicatrices de la infancia, a esas miradas que empezaban a descubrirla. Y comenzó diciendo: “Soy Rigoberta Menchú Tum, y así me nació la conciencia...”.

I. La mirada del maíz

—Usted sabe, señorita, que tiene los ojos más lindos del paraje. Y la niña se ríe. Busca hormigas y bichitos de luz. Cuando los encuentra se los lleva a la boca, y si no los sigue por el pasto. Lentamente se va alejando.

—No se me vaya lejos, mire que andan soldados vigilando el campo.

Después llega la noche y comen juntos. Hay porotos, hay arroz y hay choclos de todos los colores. El hombre de la casa bendice la mesa, y su oración culmina así:

—Y que no nos falte el maíz, el alimento nuestro de cada día. Y Rigoberta piensa en sus ojos. Los tiene como esos granos de colores que calientan su mesa, “han de ser lindos, entonces, son el vigor que tengo, me han de alimentar siempre”. Feliz frente al espejo les sonrío.

A la noche, antes de que despunte la luna, la mamá la

